

produce un temblor, una vibración de tan estrechos márgenes, y una fuerza expansiva dilata la superficie conocida más allá de lo geoméricamente predispuesto. Así, la habitación diminuta, o el taller, o la sala de operaciones, o el cuadro-ventana es ya un espacio abierto a la inmensidad, un fragmento o resto –por qué no– donde nos reconocemos con perplejidad. Como señaló Ardengo Soffici, «la eternidad esplende en un vuelo de mosca». No queda más, entonces, que mirar y mirar la calma de estos objetos, la delicada cadencia de las tonalidades pictóricas, la sensación metafísica que provoca su confluencia, y sorprenderse de cómo la materia inerte cobra vida, respira y nos convoca, descubriendo facetas insólitas de la realidad. Quizás lo único que se propusieron estos dos artistas fue esto mismo: forzar la visión para que un mundo nuevo apareciera ante nuestros ojos.

*Marianela Navarro Santos*



*Escultura para un espacio ilusorio.* Orihuela - Román  
23,5x33x6 cm. Óleo / cartón piedra y madera, 2006

© De las imágenes: Román Hernández. VEGAP. España. 2009  
© Del texto: Marianela Navarro Santos - Imprime: Contacto Centro de Artes Gráficas



27 de junio a 18 de julio de 2009

Horario de martes a viernes: de 18.00 a 20.00 horas  
Sábados: de 11.00 a 13.00 y de 18.00 a 20.00 horas  
Domingos: de 11.00 a 13.00 horas

C/ Esteban de Ponte, 46. 38450 Garachico. Tenerife. Canarias

## Orihuela - Román



## Román Hernández y Francisco Orihuela



Escultura y espacio mensurable. Orihuela - Román  
50x50x8 cm. Óleo / madera, 2006

expresionista. El trabajo escultórico de Román Hernández de ayer y de hoy se mueve dentro de ese tipo de expresiones artísticas que menos propician el discurso, que tienden a la mudez; estéticas intelectualistas para las que el ojo comprende *–intelligit–* antes que entregarse a la contemplación placentera. Su gusto por las formas geométricas, por las proporciones pitagóricas, por la belleza racional *–en un sentido tanto aritmético como filosófico–*, por la trasmisión de las relaciones numéricas a través de lo sensible, por el lenguaje objetivista de las formas y por la necesidad de descifrar espacialmente una idea, da cuenta de una curiosa *vuelta al oficio*. Y es que lejos de la deformación y el olvido de las reglas tan del gusto moderno, Román Hernández regresa a la alquimia de los números y las proporciones de las creaciones artísticas del pasado, a los tratados de los teóricos de la arquitectura, tan poco partidarios de la improvisación y el subjetivismo. De hecho, la dialéctica interior/exterior que establece Román Hernández con las cajas de su *Serie blanca*; esa preocupación por situarse en el umbral intertextual en el que la ventana y el cuadro coinciden; y la búsqueda de un espacio intrínseco para su escultura, bien acotado, casi una miniatura, fuera del espacio común, ¿qué son si no una sublimación de la arquitectura, según Gino Severini *«opus magnum del número y la armonía»*?

*Enredado en las entrañas  
hondas de este sueño*  
JOSÉ ÁNGEL VALENTE

Igor Stravinsky, en la *Poética Musical*, definía de esta forma algunos de los principios de su estética: «Mi libertad habrá de ser tanto mayor y más significativa cuanto más estrechamente limite yo mi campo de acción y cuanto más me rodee de obstáculos». La del escultor Román Hernández, como la del músico, se fortalece con el mismo comedimiento, demuestra su mejor elocuencia cuanto más controlado y limitado es su quehacer, cuantas más restricciones se autoimpone. Así pues, y en el mismo sentido que confesara Lorca en su *Oda didáctica a Salvador Dalí* *–«un deseo de formas y límites nos gana»–*, desde sus primeros retratos y estudios de anatomía hasta los trabajos actuales, en la imagen última *–sea de arcilla o madera–* se percibe el pensamiento que las reflexiona, esa *vibración invisible* de la idea. De ahí la necesidad de trabajar por eliminación, prescindiendo de todo lo que distrae a los sentidos.

Inserto en una tradición moderna que exaltó el atractivo de lo inacabado frente a la exactitud o la perfección de la denominada “obra de arte”, el escultor tinerfeño rompe con el azar y la intuición, con el gusto por la novedad y la extravagancia, con cualquier manifestación de tipo vitalista o

*El demiurgo creando el universo, Extraño árbol para un paisaje, Pequeño bosque y la luna o Tres formas para un paisaje metafísico* son algunas de sus últimas obras, realizadas en el año 2003 para este proyecto *à deux* junto a Francisco Orihuela. Los elementos escultóricos utilizados por Román Hernández están extraídos del mismo puzzle de la *Serie blanca*, de modo que recordamos el interior de aquellos pequeños escenarios e, incluso, creemos asistir a aquel mudo estar de los objetos en sí mismos, sin historia ni padecer, sin inflexiones de tono, únicamente formas en orden y composición diversas que se remiten a permanecer quietas desde el otro lado de tan reducido compartimento. Sin embargo, algo ha cambiado: más allá del juego de intercambios *–volumen, dimensión, altura, color, ensamblaje con otras figuras, etc.–* que permite la variación infinita de un solo tema, estos objetos impersonales, estas criaturas perfectas nacidas del cálculo y el dominio de una técnica, ya no se perciben en su retiro del mundo, condenadas al silencio de su pequeña habitación vacía. Al margen de la recuperación de un sentido *–orientado en parte por los títulos que asigna Román Hernández a cada una de estas piezas–* hay ahora una deliberada búsqueda de belleza, una belleza que *–como veremos–* no consiste exclusivamente ni en una relación de proporciones, ritmos y armonías, ni en el rigor geométrico, trasuntos consustanciales de la obra del escultor tinerfeño. Sus figuras, aparentemente o no, han abandonado los lugares cerrados de antaño. En efecto, las cajas de Román Hernández podían entenderse de múltiples formas *–proyecto de una micro-construcción soñada, laboratorio de experimentación, jardines clausurados, escenarios para un teatro imposible...–*, pero en todo caso se trataba de lugares cerrados, interiores semi-vacíos casi siempre, espacios blancos para su propia experimentación arquitectónico-escultórica, con un orden sistemático y desconcertante.

Nada más alejado de lo que en esta ocasión nos ofrece: el resultado de una intervención sobre el *paisaje* de Francisco Orihuela. El punto de partida de su trabajo, el *paisaje* pictórico, queda encastrado en la pieza escultórica, de modo que sus figuras han sido desplazadas de su lugar habitual y surgen, delicadamente, junto a las trasposiciones cromáticas del pintor, se mezclan y sumergen en sus imágenes. Como por arte de magia, estas formas de Román Hernández se abren al exterior, abandonan el silencio y parecen contarnos algo, aunque sin perder ni por un momento la fijeza que las caracteriza. Al contrario que en otros trabajos *à deux* *–muy frecuentes entre los artistas desde la vanguardia a la actualidad–* en los que no se logra nada más allá de un ensamblaje superficial y esporádico, en éstos se manifiesta una integración efectiva. Ambos artistas han sido conscientes de la enorme distancia que media entre sus correspondientes trabajos y, aún así, han decidido dar el salto e interactuar. La estética depurada y austera de Román Hernández junto al discurso generoso y pleno de Francisco Orihuela; el mundo de las ideas del escultor dialogando con el mundo de las sensaciones del pintor; reglas y orden de un lado, duelo e instinto de otro. Cabeza y cuerpo *–como señala Bernard Noël–* trabajan ahora juntos:



Sucesión de cubos encastrados. Orihuela - Román  
31x24x6,5 cm. Óleo / cartón y madera, 2003

Cuando el ojo ordena el gesto, es la cabeza quien gobierna en su nombre. Cuando el gesto evoluciona con total independencia, es el cuerpo quien se significa en su nombre.

Nada es aquí exterior y ni rastro de aquellas naturalezas muertas. Gracias a la sinuosidad del pincel, al raudal de vida que insuflan los colores de Orihuela, las pequeñas esculturas de Román *–antes frías y estáticas, perfectamente acabadas, invulnerables, acaso litúrgicas–* despiertan ahora al sentimiento de lo maravilloso. La propia caja, a medio camino entre marco y ventana por la que contemplar el paisaje, se ha contagiado de la luz nostálgica y poética de la paleta del pintor. Resulta sorprendente cómo partiendo de un trabajo de Orihuela, inicialmente autónomo a este proyecto conjunto, Román Hernández ha logrado aproximarlos a sus intereses y, haciendo uso él mismo de la pintura para mejorar la inserción de sus figuras, ensambla continente y contenido, fondo y figura, como si siempre hubieran estado juntos. La proyección del trazo en el lienzo, tradicionalmente horizontal de Orihuela *–como cuerpo que respira, como la extensión ilimitada y ondulante de las aguas o la tierra–* contrasta con la propensión vertical del escultor, con esas pirámides y octaedros suspendidos, pequeños bosques, árboles extraños y farolas mirando siempre hacia el cielo, instigados por el reduccionismo geométrico y la espiritualidad. Entre el «aquí» y el «allí», entre la realidad y el sueño, lo verosímil y lo posible, la línea que separa la escultura de la pintura se adelgaza, voces y procesos se intercambian, sin saber ya si fueron primero las figuras quienes se asomaron al paisaje de Orihuela o fue la pintura la que, en un descuido de la vista, se coló por el marco de un cuadro. Y, ¿para qué este juego entre el estar allí o aquí, entre lo real y lo simulado, entre lo que somos y lo que contemplamos? ¿Será esta propuesta pictórico-escultórica una respuesta posible a alguna de nuestras preguntas, acaso una manera imaginativa de traducir lo particular en medio de la inmensidad? Si partimos de la idea del espacio como un fenómeno enigmático y flexible, si es cierto que un fenómeno cósmico puede devenir experiencia íntima y lo más pequeño expandirse hasta lo inasible, podríamos entonces ver en estas pequeñas piezas, más allá de un experimento interartístico, la casa soñada por Marcos Canteli:

Una casa que se dice brevemente,  
que se repliega en sí misma,  
donde nos reconocemos

Por definición, la miniatura exige prolijidad, concentración en un trabajo exigente, rechazar la monumentalidad casi arquitectónica de la escultura última *–con toda la visibilidad que ello comporta–* y concentrar el significado en lo ínfimo. Su objetivo es bien ambicioso: conseguir la infinitud de lo pequeño, que un espacio reducido se dilate en virtud de inefables aspiraciones. Hablamos, por tanto, de ese espacio poético que no existe en ninguna parte, que hay que crear o, mejor, conquistar. Esto es lo que sucede con los diminutos montajes de Román y Orihuela: se



El viento (a Orihuela). Román Hernández  
15x15x12 cm. Óleo / madera, 2006